

GALAXIA

El mundo de la ciencia ficción

**MUNDOS
SIN FIN**

Clifford D. Simak

Colección de relatos de Clifford D. Simak, completados con una historia de Henry Kuttner y C. L. Moore.

MUNDOS SIN FIN

1

NORMAN BLAINE pensó que ella no parecía el tipo de persona que quisiera tomar el Sueño. Aunque... nadie podía decirlo jamás con seguridad.

Escribió el nombre que le había dado en su cuadernillo de apuntes, en vez de hacerlo en la hoja de solicitud, lo anotó lenta y cuidadosamente, para darse el tiempo para pensar, porque le parecía que había algo enigmático en ello.

Lucinda Silone.

«Un nombre peculiar», pensó; «no es un nombre verdadero; parece más bien el nombre de escena, para ocultar un común Susan Brown o un ordinario Betty Smith, o cualquier otro nombre trillado».

Lo escribió lentamente, para poder pensar, pero no parecía poder hacerlo bien, pues había demasiadas cosas que ocupaban su cerebro: el insistente rumor que había corrido de un lado a otro por todo el Centro con respecto a un cambio de personal, su propia relación con ese rumor y el consejo que le habían dado —había algo extraño en ese trabajo— y que era el de no confiar en Farris (¡Como si él necesitara ese consejo!), y pensarlo bien si le ofrecían el trabajo. Era un consejo bien intencionado, pero no muy útil.

Ahí estaba también el insoportable inspector que lo había detenido esa mañana en el campo de estacionamiento y casi se le había colgado cuando trató de deshacerse de

él; y también Harriet Marsh, con quien tenía una cita esa misma noche.

Y finalmente, estaba esa mujer que en ese momento se encontraba frente a su escritorio.

Aunque era una tontería pensar así, se dijo Blaine; mezclarla con los demás, con los otros pensamientos que chocaban unos con otros como maderos arrastrados por la corriente en su cerebro. Porque no había relación posible entre unas y otras cosas; era imposible que la hubiera.

Había dicho que era Lucinda Silone, pero había algo en el nombre y en su manera de pronunciarlo, esa entonación musical dada conscientemente para prestarle gracia y sonoridad, que hizo repicar campanillas de alarma en su cerebro.

—¿Está con Festejos? —dijo, en tono indiferente, quizá con demasiada ligereza; se trataba de una pregunta ambigua, y por ello debía ser formulada correctamente.

—¡Ah, no!; no soy de Festejos —respondió la mujer.

Blaine escuchó con atención aquel modo de responder, pero no descubrió nada en particular; la voz tenía un dejo de felicidad que traicionaba el placer que sentía, porque él pensó que estaba con Festejos; y eso era exactamente como debía ser; era precisamente como la mayoría contestaba. Se sentían lisonjeadas por la suposición de que pertenecieran al personal de Festejos.

—Yo hubiera creído que sí —insistió Blaine.

Miró a Lucinda Silone directamente, observando la expresión de su rostro y apreciando también todos sus atractivos.

—Aquí somos buenos jueces de las personas —le dijo—. Es muy raro que nos equivoquemos.

Ella no parpadeó siquiera; no presentó ninguna reacción, ni un sobresalto de culpabilidad, ni un temblor de confusión.

Su cabello era color de miel; los ojos eran azul de China y la piel de un blanco tal, que uno tenía que volver a ver

para asegurarse de que eran reales.

«No nos llegan muchas como ésta», pensó Blaine. «Vienen las viejas, las enfermas, las decepcionadas, las desesperadas y las que sufren frustraciones».

—Se equivoca, señor Blaine —le dijo—; estoy en Educación.

Escribió Educación en su cuadernillo de notas, y dijo:

—Fue quizá el nombre lo que me hizo pensarlo; es un nombre muy bueno, fácil de decir y musical; sería un nombre excelente en la escena.

Levantó el rostro de sus apuntes y añadió, sonriendo, forzándose a sonreír contra la inexplicable tensión que crecía dentro de él:

—Aunque no fue solamente el nombre; estoy seguro de eso.

La mujer no sonrió, y Blaine se preguntó rápidamente si había sido una torpeza de su parte; volvió a pronunciar las palabras que había dicho en mente, y decidió que no lo era. Cuando se era director del departamento de Fabricación, no podía cometer torpezas; sabía cómo manejar a las personas; tenía que saberlo.

Y sabía también cómo manejarse a sí mismo; cómo hacer que el rostro dijera una cosa, cuando el cerebro pensaba algo totalmente distinto.

No; sus palabras habían sido un cumplido discreto; ella debió sonreír, pero el que no lo hubiera hecho podía significar algo, o bien podía no significar nada, excepto que era inteligente. A Norman Blaine no le cabía duda alguna de que Lucinda Silone era inteligente, y una clienta tan serena como pocas.

Aunque, a decir verdad, la serenidad en sí no era extraña; también les llegaban las serenas, las serenas y calculadoras, las que lo tenían todo planeado con mucha anticipación y que sabían lo que estaban haciendo.

Y también estaban esas otras, las que habían cortado toda resistencia posible.

—Usted desea un Sueño —dijo Blaine.

La mujer asintió.

—¿Con sueños?

—Con sueños —contestó Lucinda.

—¿Lo pensó detenidamente? Supongo que no vendría si tuviera cualquier duda...

—Lo he pensado muy bien. No tengo dudas.

—Aún está a tiempo; tendrá oportunidad de cambiar de parecer hasta el último momento; deseamos que no pierda de vista esta posibilidad.

—No cambiaré de parecer —le dijo.

—Preferimos pensar que posiblemente lo hará. No tratamos de hacerla cambiar, pero insistimos en una perfecta comprensión de su parte de que el cambio es posible. Usted no contrae ninguna obligación para con nosotros; a pesar de cuanto hayamos hecho, no la liga a nosotros ninguna obligación. Es posible que los sueños hayan sido fabricados y procesados y que haya pagado su cuota; hasta puede encontrarse va en receptáculo, y aún tener tiempo de cambiar de opinión. Si lo hace, los sueños serán destruidos, le devolveremos su cuota y el expediente será cancelado; en lo que respecta a nosotros, será como si nunca la hubiéramos visto.

—Entiendo perfectamente —contestó la mujer.

Blaine asintió, en silencio.

—Proseguiremos entonces sobre este acuerdo.

Recogió su lápiz y escribió el nombre y la clasificación en la hoja de la solicitud.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

—¿Casada?

—No.

—¿Niños?

—Ninguno.

—¿Familiares cercanos?

—Una tía.

—Su nombre, por favor.

La mujer le dio el nombre, y lo escribió juntamente con el domicilio, edad y generales de la tía.

—¿Ningún otro pariente?

—Ninguno.

—¿Sus padres?

Sus padres habían muerto desde hacía años, según dijo; era hija única; dio el nombre de sus padres, sus generales, y fecha de defunción, su último domicilio y el lugar en donde estaban enterrados.

—¿Comprobará todo esto? —preguntó ella.

—Lo comprobamos todo.

Era ahí donde la mayoría de los solicitantes, aun aquellos que nada tenían que ocultar, se mostraban nerviosos; revisaban frenéticamente en sus memorias tratando de desenterrar algún incidente ya olvidado, que pudiera aparecer durante la investigación, para avergonzarlos o para descalificarlos.

Lucinda Silone no estaba nerviosa; se quedó tranquila, sentada, esperando las demás preguntas.

Norman Blaine se las hizo: el número de su gremio, el de su tarjeta, el nombre de su superior inmediato, el último examen médico, defectos o malestares físicos y psíquicos y todas las otras cosas triviales que componían los detalles de su vida diaria.

Terminó por fin, y puso el lápiz sobre el escritorio.

—¿De verdad no tiene usted dudas?

Ella sacudió la cabeza.

—Insisto en ello —dijo Blaine—, para estar absolutamente seguro de que el cliente es voluntario; de otra manera no tenemos una situación legal, pero aparte de eso es una cuestión de ética...

—He oído que son ustedes muy éticos —dijo ella.

Pudo haber sido una burla; si era así, se trataba de una burla ingeniosa. Trató de descubrir si lo era o no, pero no estaba seguro de ello.

Hizo caso omiso de lo anterior, y agregó:

—Tenemos que serlo —dijo—. Este es un servicio que para sobrevivir debe estar basado en el más estricto código ético. Usted pone su cuerpo en nuestras manos para que lo guardemos cierto número de años, y lo que es más, nos da su mente hasta cierto punto. En el curso de nuestro trabajo con usted, adquirimos ciertos conocimientos más extensos sobre su vida; y para continuar con el trabajo que desempeñamos, debemos contar con la completa confianza no sólo de nuestros clientes, sino del público en general. El más leve escándalo...

—¿No los han tenido nunca?

—En los primeros días hubo unos cuantos; ahora están olvidados, o, cuando menos, esperamos que lo estén. Fueron esos escándalos los que hicieron a nuestro gremio comprender cuán importante era evitar toda corrupción profesional. Un escándalo en cualquiera de los otros gremios no pasa de ser una cuestión legal que puede ser juzgada ante un tribunal y luego perdonada y olvidada, pero con nosotros no sería cosa ni de perdonar ni de olvidar; no podríamos ocultarlo.

Sentado ahí, Norman Blaine pensó en el orgullo que sentía por el trabajo que desempeñaba; un orgullo intelectual y resplandeciente; un orgullo cómodo y satisfecho en un trabajo bien realizado. Y este sentimiento no era sólo de él, sino que era experimentado por todos los que trabajaban en el Centro. Podían parecer petulantes cuando hablaban entre sí, pero el orgullo era algo real; estaba oculto tras la petulancia y las relaciones diarias.

—Hasta parecen ser personas muy dedicadas —dijo Lucinda.

Blaine se preguntó si se burlaba de nuevo, o si se trataba de un elogio con el que quisiera corresponder al suyo. Luego, sonrió, y dijo:

—Quizá no dedicados, o cuando menos no pensamos de nosotros mismos en esos términos.

Pero sabía que eso no era verdad; había ocasiones en que todos habían pensado de sí como personas dedicadas. Por supuesto que nadie lo decía en voz alta; era sólo un pensamiento, pero algo muy real.

Pensó que era una situación algo extraña eso del orgullo en el trabajo; la vehemente lealtad al gremio mismo, y a la vez la competencia criminal y las viciosas políticas del Centro que existían en el seno del orgullo y de la lealtad.

Ahí estaba Roemer, por ejemplo, que después de varios años de servicios, estaba por salir. Ese había sido el tema de las conversaciones durante varios días; el secreto a veces que se había difundido por todo el Centro. Farris tenía algo que ver en ello. Lew Giesey estaba involucrado en alguna forma, y otros cuantos más lo estaban también; Blaine mismo, por ejemplo, había sido mencionado como un posible candidato para ocupar el lugar de Roemer. Blaine se alegró de no haberse inmiscuido en la política del Centro durante el tiempo que llevaba trabajando allí, porque sólo le hubiera servido para tener grandes dolores de cabeza. Se alegró de haber encontrado completa satisfacción en su trabajo, aunque le agradaría enormemente que él fuera designado al puesto de Roemer: la posición era más alta y el sueldo también; quizá si su salario mejorara, podría convencer a Harriet de dejar su trabajo en el periódico y...

Luego se esforzó en concentrarse nuevamente en la entrevista que lo ocupaba.

—Hay ciertas consideraciones que debe tomar en cuenta —le dijo a la mujer—. Debe comprender todas las consecuencias que su decisión va a acarrearle después; debe comprender que una vez que se duerma, despertará en una cultura muy diferente a la suya. Los planetas no se detendrán mientras usted duerma; avanzarán, o cuando menos esperamos que lo hagan. Muchas cosas habrán cambiado: los estilos serán diferentes, en ropas y costumbres; el pensamiento, el vocabulario y los puntos de vista serán diferentes, y usted despertará en un mundo extraño. Será extran-

jera en un lugar que la ha dejado muy atrás; usted será anticuada. Habrá cuestiones públicas de las cuales no tenemos ahora la más remota idea; los gobiernos habrán evolucionado, y las costumbres también. Lo que hoy está prohibido puede ser perfectamente aceptable, y lo que es permitido y legal ahora puede llegar a ser algo atroz e ilegal. Sus amigos habrán muerto...

—No tengo amigos —dijo Lucinda Silone.

Blaine pasó por alto el comentario, y prosiguió:

—Lo que trato de hacerle comprender es que una vez que despierte, no podrá volver al mundo, porque ya no será el suyo; su mundo habrá muerto muchos años antes. Tendrá que volver a adaptarse, y para ello necesitará seguir un curso de reorientación. En algunos casos esto implica bastante tiempo, aunque todo depende, hasta cierto punto, de la persona que despierta, y, en la mayoría de los casos, de los cambios culturales. Porque nosotros debemos comunicarle no solamente los cambios ocurridos mientras usted duerma, sino que debemos lograr que acepte dichos cambios. Hasta que se reajuste no sólo a sus datos personales, sino a su cultura también, no podremos dejarla partir. Para que pueda vivir una vida normal en el mundo en el que despierte, deberá aceptarlo como si hubiera nacido en él; en realidad, debe llegar a formar parte de él, y en ocasiones el proceso para lograrlo es lento y doloroso.

—Comprendo todo eso —dijo ella—. Estoy dispuesta a aceptar todas las condiciones que quieran imponerme.

No vaciló ni un instante; Lucinda Silone no había mostrado ni pesar ni nerviosismo. Estaba tan serena y tranquila como cuando había entrado en la oficina.

—Ahora —dijo Blaine—, dígame usted la razón.

—¿La razón?

—La razón por la que quiere tomar un Sueño; tenemos que saberla.

—¿Investigarán eso también?

—Lo haremos; debemos estar seguros. Existen innumerables razones; muchas más de las que usted pensara que puede haber.

Continuó hablando, para darle tiempo de armarse de valor y le comunicara su razón. Era casi general que ese fuera el momento más difícil para el cliente.

—Hay algunos que toman el Sueño porque están enfermos, y en esos momentos su mal es incurable —le dijo—. No hacen un contrato por un Sueño de duración específica, sino solamente hasta el día en que se descubra el remedio. Hay otros que desean esperar el tiempo que falta para el regreso del ser amado, que anda viajando por las estrellas, y prefieren esperar en la Tierra el tiempo subjetivo de los vuelos más rápidos que la velocidad de la luz. Hay algunos más que desean dormir porque han hecho inversiones que están seguros que con el tiempo producirán grandes fortunas, y prefieren un Sueño a esperar. Por lo general, tratamos de hacerlos desistir; llamamos a nuestros economistas, quienes tratan de demostrarles...

Ella lo interrumpió:

—¿Puede el tedio ser razón suficiente? ¿Simple y sencillamente, el tedio?

Blaine escribió tedio en el lugar que correspondía a las razones, y luego apartó el formulario.

—Puede firmarlo después.

—Puedo hacerlo ahora.

—Preferimos que espere un poco.

Blaine jugueteó con el lápiz, tratando de pensar en el asunto, preguntándose por qué esa clienta, Lucinda Silone, lo inquietaba tanto; ella tenía algo que no estaba en regla, y no podía acabar de descubrirlo. Sin embargo, sabía que era capaz de hacerlo, puesto que había aprendido a tratar con toda clase de personas.

—Si lo desea —le dijo—, podemos discutir los Sueños; no siempre lo hacemos, pero...

—Sí, discutámoslos —dijo la mujer.

—Los sueños no son necesarios —le explicó—. Hay clientes que desean un Sueño sin sueños; no quiero que tenga la impresión de que hablo en contra de los Sueños. En ocasiones, me parece que es preferible. No tendrá usted conciencia del tiempo; una hora y un siglo no son más largos que un segundo; usted se duerme, luego, despierta, y le parecerá que no habrá transcurrido el tiempo...

—Yo quiero los Sueños —insistió Lucinda.

—En ese caso, estamos dispuestos a satisfacerla. ¿Ha pensado ya qué tipo preferiría?

—Un sueño agradable y tranquilizador.

—¿Sin emociones ni aventuras?

—Unas cuantas, quizá; si no, sería monótono, pero que sea algo delicado..., si es posible.

—¿Le agradaría entonces que se desarrollara dentro de una sociedad cortés? —sugirió Blaine—. Digamos, una que se preocupe por los buenos modales...

—Y en la que no haya competencias; si puede evitarlo, que no haya prisas por vencer a alguien más.

—Una casa antigua y establecida —continuó Blaine—. Que goce de una buena posición en la comunidad, y que tenga profundas tradiciones familiares; también deberá contar con suficientes ingresos, para no tener preocupaciones materiales.

—Eso parece algo arcaico...

—Es el tipo de Sueño que pidió.

—Es cierto —dijo Lucinda—. ¿En qué estoy pensando? Será encantador; es precisamente la clase de, de... —rió— la clase de cosas que uno sueña.

Blaine rió con ella.

—¿Le agrada? Podemos cambiarlo, y hacerlo algo más moderno.

—No se atreva a hacerlo; eso es justamente lo que quiero.

—Supongo que querrá ser joven; es decir, tener menos de veintinueve años; quizá quiera tener dieciséis, o diecisie-

te.

Lucinda asintió con la cabeza.

—Y bonita, por supuesto; usted sería hermosa, a despecho de cualquier cosa que hiciera.

Lucinda no contestó.

—Con muchos admiradores —agregó Blaine—; podemos ponerle una buena cantidad de ellos.

La joven asintió.

—¿Quiere tener aventuras sexuales?

—Unas cuantas; pero sin exagerar, por favor.

—Las conservaremos en un nivel digno —le prometió—. No se arrepentirá; le daremos unos Sueños que no la harán avergonzarse; Sueños que le proporcionen recuerdos agradables. Por supuesto, tendrá que haber algunas decepciones y unos cuantos dolores; la felicidad no puede ser continua sin hacerse empalagosa. Hasta en los Sueños debe haber algo que establezca valores comparativos.

—Eso lo dejaré a su discreción.

—Muy bien. Entonces, comenzaremos a trabajar en él. ¿Podría regresar, digamos, dentro de tres días? Para entonces, lo tendremos casi totalmente delineado, y podremos revisarlo con usted; es posible que necesitemos unas seis... llamémosles pruebas, antes de que lleguemos a formular los Sueños tal como los desea usted.

Lucinda Silone se levantó y extendió la mano; su despedida fue amistosa y decidida.

—Iré a la caja a pagar mi cuota —dijo—. Y gracias, ¡muchas gracias!

—No es necesario que pague desde ahora.

—Me sentiré mejor si lo hago.

Norman Blaine la observó mientras se alejaba, y luego, se sentó nuevamente. El timbre de intercomunicaciones sonó.

—Diga, Irma.

—Harriet llamó; pero como estaba ocupado con una clienta, dejó un recado —dijo la secretaria.

—¿Qué quería?

—Sólo quería avisarle que no puede cenar con usted esta noche; dijo algo sobre una misión relacionada con un gran personaje de Centauro.

—Irma, permítame darle un consejo: no se enamore nunca de nadie que pertenezca a Comunicaciones; no se puede confiar en ellos —dijo Blaine.

—Señor Blaine, usted siempre olvida que me casé con un señor de Transportes.

—Es verdad; siempre lo olvido —concedió Blaine.

—George y Herb están aquí esperando; se han pasado la mañana dándose golpecitos en la espalda y rodando por el suelo; quítemelos de encima, antes de que me vuelvan loca.

—Hágalos pasar —ordenó Blaine.

—¿Cree usted que están bien?

—¿Quiénes? ¿George y Herb?

—¿Quién más podría ser?

—Por supuesto que están bien; sólo tienen una forma peculiar de trabajar.

—Me alivia oírle decir eso —comentó ella—. Ahora se los envío.

Blaine se acomodó para verlos entrar, y cuando éstos lo hicieron, se acercaron y se sentaron en sendas sillas.

George le presentó una carpeta.

—Son los Sueños de Jenkins; ya los hemos terminado.

—Es un tipo que quiere dedicarse a la caza mayor —dijo Herb—. Le hemos preparado algunos buenos incidentes.

—Lo hemos hecho todo auténtico —declaró George, con orgullo—, no olvidamos ningún detalle: lo pusimos en una selva que llenamos de insectos, lodo y calor; todo está plagado de espantosas pesadillas, y detrás de cada arbusto habrá algo o alguien sediento de su sangre.

—No es ninguna caza; es más bien una batalla con carreras: cuando no está asustado, está sobresaltado. ¡Que me cuelguen si llego a comprender a un tipo así!